



Justo de la Cueva Alonso

Tarea para revolucionarios: conseguir votos para HB

Esto de hacer una revolución es un trabajo difícil. Complicado. Científico. Lenin explicó, en la teoría y con la práctica, la suprema importancia de los análisis correctos de la coyuntura política. La necesidad imperiosa de estar archiatentos al momento concreto de la lucha de clases concreta en una formación social concreta. Y escoger en consecuencia los medios de acción adecuados. Entendiendo que la insurrección armada que no es viable (y por tanto no es revolucionaria) en julio pasa a serlo en octubre (y deviene entonces en revolución efectiva). Estos rudimentos del ABC del revolucionario práctico (no hay otros, los revolucionarios solo teóricos son mocetes de la «gauche divine» con «canotier» y «con clase») vienen a cuento porque de vez en cuando tropiezo con algún compañero que se hace la picha un lío y confunde el culo con las témporas.

Suele ser un compañero que ha oído campanas de eso del «cretinismo parlamentario» pero sin haber leído el texto ni haber estudiado el proceso de lucha concreto en que se formuló. Y al que, yendo al grano, se le cruzan los cables con esto de que HERRI BATASUNA se presente a las elecciones legislativas y se ponga a «cazar votos».

Y las pasa fatal, el tío. Hace campaña porque es un borroka, un militante, y hace un huevo de años que no falta a nada. A nada de nada. Y hace lo que hay que hacer. Cuando sea. Pero hace campaña cohibido, inhibido, autorestricto. Con una terrible mala conciencia de si no estará él apuntalando la puñetera democracia burguesa, la forma democrático-burguesa que adopta la dominación del Estado capitalista. Con la sensación de que se está «pringando» en trabajos sucios, non sanctos.

Y, claro, hace la campaña mal. Hace de su labor de captación de votos algo tan triste, tan frustrante y tan jodido como una especie de «campaña interruptus». Busca el voto y no lo busca. Mete y saca. Pide el voto pero se excusa de pedirlo. Busca el voto y enseguida se decide: «bueno, da igual, a nosotros se nos da una higa eso de sacar muchos o pocos, no estamos en la competición como los otros...» etc. etc.

**AQUI, AHORA, EN EUSKADI OTOÑO 1982
CONSEGUIR VOTOS PARA HERRI BATASUNA ES
UNA LABOR REVOLUCIONARIA.**

Que los 200.000 votos de Herri Batasuna últimos (en numeros redondos, la cifra concreta está por encima de 191 mil) crezcan sustancialmente no es sólo algo posible, es algo tremendamente importante para mejorar las perspectivas de hacer la revolución socialista en Euskadi y lograr la independencia.

Es muy sencillo. Toda la estrategia de la Reforma neofranquista estuvo y está encaminada a domesticar a las clases dominadas, a la clase obrera y sus clases aliadas. Domesticarlas para que, además de estar dominadas, estén resignadas a estarlo. Y que, además, les dé gustirrinín porque estar dominados y explotados sí van a estar pero, eso sí, *democráticamente*. Esa domesticación supone la integración de las clases dominadas en el propio sistema de dominación. Y la conversión de partidos y centrales sindicales emanadas de esas clases (PSOE y PCE, UGT y CCOO) en aparatos ideológicos de Estado, en correas de transmisión de la burguesía, en portavoces del discurso de la burguesía en el seno de la clase obrera. Esa estrategia (que los ha ido de puta madre de bien en el conjunto del Estado español) supone que los irreductibles, los revolucionarios que no quieren dejar de serlo, los que no se rinden, los que no quieren llevar cencerro aunque les dejen escoger entre un cencerro azul con cintas blancas y uno azul con pintas rojas, los que se empeñan en romper el sistema de dominación y de explotación, los que no tragan con que «lo posible», «lo realista», «lo factible» sea solo gerenciar menos chapuceramente la explotación, esos sean pocos, muy pocos, poquitos. «Cuatro y un tambor». Cuatro locos que pueden ser baleados por las fuerzas defensoras de la paz capitalista, de la paz de los esclavos sumisos.

Esa estrategia está fallando (a pesar, repito, de su casi éxito en el Estado español) precisamente porque Euskadi no se rinde. Y es vital para nosotros y para nuestro proyecto que ante la opinión pública internacional podamos desmentir la falaz argumentación de Rosón o de Arzallus (son cuatro desesperados, cuatro alucinados, cuatro locos, cuatro desquiciados) con el argumento irrefutable de que NOS HEMOS CONTADO Y PESADO EN «SU» BASCULA, CON «SUS» PESAS Y MEDIDAS (en las urnas de «sus» elecciones). Y hemos medido cientos de miles.

Esa medición, ese conteo, esa «revista» de nuestras fuerzas, de nuestra implantación, de cómo y cuánto cala en el pueblo trabajador vasco nuestra lucha, es un arma revolucionaria. Ningún revolucionario consciente puede permitirse el lujo de ignorarlo. Ni el lujo de dejar poner toda la carne en el asador para ejercer su influencia personal, su prestigio, su capacidad de convicción, para lograr votos en su familia, en su casa, en su taller, en su lugar de trabajo, en su cuadrilla, en su asociación de vecinos, en su sindicato, en su club montañero.